
Capítulo VIII

El modelo de acumulación y el empleo en América Latina

← Carlos Salas *

Introducción

A lo largo de las tres últimas décadas, ha ocurrido una gran transformación en el modelo de desarrollo de la casi totalidad de América Latina, siendo Cuba el único país donde esto no ha ocurrido. Paralelamente, la fuerza de trabajo de América Latina también ha transitado por grandes cambios. El anterior modelo de acumulación, caracterizado por el énfasis en el mercado interno como eje de crecimiento (Green, 1995), fue paulatinamente abandonado en el sub-continente, comenzando con el sangriento experimento en Chile en el año 1973. El reemplazo del modelo anterior no ha dado lugar a un orden de cosas en el cual las economías crezcan en forma constante y los beneficios de este crecimiento se hayan esparcido entre todos los grupos sociales. En buena medida ello se explica por razones de la estructura económica que se asentó en cada país de la región desde fines de los años '30 del presente siglo. El nuevo modelo que se busca implantar, en el que la vinculación con el exterior ordene el crecimiento económico interno, está, por su propia naturaleza, más subordinado a lo que ocurre en el ámbito de los países de capitalismo avanzado. Para construir un nuevo modelo de desarrollo que sea estable, entonces, es necesario garantizar un acceso a los mercados externos que permita que todas las empresas se beneficien en la forma de participación en cadenas productivas y de distribución, que consuman

* Candidato a Doctor en Economía. Actualmente es investigador en el Programa de Ciencia y Tecnología de El Colegio de México. Dirección de correo electrónico csalas@colmex.mx

aquellos artículos que se producen más barato en el exterior, y que colaboren para impulsar las exportaciones, preferentemente de mercancías manufacturadas. Esto implica vastas inversiones si se quiere una economía que se inserte en la economía mundial como un todo competitivo, y requiere también transformaciones de corte institucional que apoyen el desarrollo nacional.

Por tanto, el insertarse con ventaja en la economía global implica una tarea que no es fácil y que no todos los países pueden enfrentar. Una cosa son los deseos y otra la agobiante realidad de un mundo donde los principales beneficiarios de economías más abiertas y de una redistribución de actividades de manufactura hacia países con menores niveles de desarrollo, no son los habitantes de cada país. El sector financiero internacional ha sido el principal beneficiario de los cambios ocurridos en los últimos años tanto en América Latina como en el resto del mundo (Duménil y Levy, 1996).

En líneas generales, desde 1980 la región ha pasado por tres períodos, el primero de los cuales es la recesión que sigue a la crisis de la deuda y que se inicia en 1982. A partir de 1984 la implantación de los llamados modelos de ajuste heterodoxo en Brasil y Argentina inyecta la esperanza de una pronta recuperación regional. Desde 1988 la región ha estado caracterizada por un lento crecimiento, cambio estructural, y recuperaciones no generalizadas a todos los países que la conforman.

En tal contexto, el presente artículo busca plantear una discusión inicial acerca de cómo la búsqueda de un nuevo modelo de acumulación exitoso no ha concluido, pero ya deja huellas profundas sobre todo en el ámbito del empleo y las remuneraciones al trabajo. A los efectos de examinar las limitaciones de esta etapa de transición se hace uso de la idea de Estructura Social de Acumulación, la cual permite ordenar y jerarquizar los diversos elementos que tanto en lo interno como en lo externo han jugado un papel importante para configurar el desarrollo reciente de la economía y la capacidad de generación de empleo de la región.

Se trata entonces de examinar cómo ha evolucionado el empleo en América Latina en los años recientes, y de dar cuenta de las tendencias generales que éste muestra.

El logro de tal objetivo enfrenta un obstáculo importante: la extrema diferencia en el nivel de desarrollo alcanzado en los países de la región. Tales diferencias se expresan en la gran heterogeneidad que hay entre los países que forman la región, como ocurre en el caso de cualquiera de las grandes regiones del mundo, definidas sólo con criterios de proximidad geográfica. Además del idioma, los países latinoamericanos tienen elementos comunes que los distinguen de aquellos ubicados en otras latitudes, pero presentan también grandes diferencias que limitan la validez de las generalizaciones que se hacen a partir de promedios regionales o de lo que ocurre en algunos de ellos¹. El tamaño de sus poblaciones es muy variado, al igual que su extensión del territorio. También hay discrepancias relevantes en el nivel de industrialización alcanzado y la heterogeneidad estructural

existente al interior de los países, que se reflejan en la composición sectorial del empleo, las tasas de participación por sexo y edades en la actividad económica, y los indicadores de bienestar social. La diversidad de estadios de desarrollo también se expresa en la calidad de las estadísticas generales, en particular aquellas relacionadas con el trabajo. Con estas limitaciones en mente, el artículo está organizado como sigue:

Para dar un contexto general en cuyo marco se puedan interpretar los cambios en el volumen y composición de la fuerza de trabajo, en la primera parte se hace una apretada crónica de los principales ajustes que han sufrido las economías de la región. En la segunda sección se discute brevemente el concepto de estructura social de acumulación y su impacto sobre el empleo. La tercera sección está dedicada a mostrar los cambios en la fuerza de trabajo de América Latina y las tendencias de su evolución en el mediano plazo.

La América Latina contemporánea o el triunfo de una perspectiva de clase²

Con el objeto de identificar elementos de continuidad y de ruptura, antes de referirnos a los cambios ocurridos en el mercado de trabajo durante las últimas décadas conviene hacer una breve síntesis de las principales tendencias observadas en el período 1950-1980, el más dinámico de la historia económica reciente de América Latina.

En esos treinta años la expansión económica y el proceso de urbanización experimentado por el conjunto de los países de la región tuvieron un impacto decisivo sobre la estructura sectorial del empleo. En el conjunto de la región, la importancia relativa del sector agropecuario en la fuerza de trabajo regional se redujo de más del 50% en 1950 a menos de un tercio en 1980 debido a la expansión de oportunidades ocupacionales en la industria y en mayor medida en los servicios (PREALC, 1991, p.10). También hubo un aumento continuo, aunque a tasas decrecientes, de la productividad del trabajo en la agricultura, la industria y los servicios -especialmente en los dos primeros- además del impacto favorable sobre la productividad media derivado del cambio en la estructura sectorial del empleo, ya que el producto por persona ocupada es mucho mayor en los sectores industrial y de servicios que en la agricultura (Weller, 1998).

En lo que respecta a la composición de la fuerza de trabajo, hubo un paulatino aumento de la proporción que representan las mujeres, debido a que se incrementó su tasa global de actividad, mientras que la correspondiente a los varones disminuyó³ sobre todo entre 1950 y 1970 (PREALC, 1982, Cuadro N° 1 y CEPAL, 1993, Cuadro N° 2).

No obstante estas transformaciones, una parte importante de la fuerza de tra-

bajo continuó concentrada en actividades de baja productividad, en el campo⁴ y en las ciudades, que apenas permiten sobrevivir.

A partir de los '70, la economía de América Latina está marcada por el vuelco que un grupo importante de países del área dio a su política económica. De un modelo de desarrollo centrado en el mercado interno se busca cambiar a otro volcado hacia el mercado externo. En la visión dominante este cambio aparece como resultado de la crisis de la deuda externa, originada en el mal manejo de la economía. Pero dicha explicación es simplista, tal como lo prueba el caso chileno, donde el cambio de paradigma económico ocurrió antes del estallido de la crisis de la deuda.

Desde un punto de vista estrictamente declarativo, el nuevo patrón de acumulación chileno está basado en la apertura comercial, el estímulo a las exportaciones, una mínima intervención gubernamental en la vida económica, y en general el desmantelamiento de la reglamentación de los mercados (en especial el de trabajo)⁵. A la manera de un laboratorio económico y social, Chile se transformó en un campo de prueba de la ideología del "libre mercado" y de la correlativa propuesta de política económica que habría de desembocar en el llamado "consenso de Washington"⁶.

A principios de la década de los '80, la imposibilidad de dar servicio a la enorme deuda externa acumulada en América Latina (MacEwan, 1992) se convirtió en el detonador de la mayor crisis en la región desde 1929 (Madisson, 1988). En tal circunstancia, la región entró de lleno en la onda larga recesiva que se había iniciado en la primera mitad de los años '70 y que paulatinamente ha ido incorporando a las distintas regiones del orbe⁷.

Dependiendo de cada país, la crisis se puede explicar ya sea por el agotamiento del mercado interno en las naciones que habían seguido la estrategia de crecimiento "hacia adentro", también conocida como "industrialización sustitutiva de importaciones"⁸, o bien por el deterioro paulatino de los términos de intercambio⁹ en aquellos países con economías más abiertas al exterior. En ambos casos se debía contar de manera continua con las divisas requeridas para importar los bienes de capital o insumos necesarios para la producción, e incluso los bienes de consumo final no producidos localmente. Así, con independencia de la forma específica que había asumido el proceso de acumulación de capital en cada país, el sector externo se convirtió en el "talón de Aquiles" de estas economías. La insuficiencia de las exportaciones para cubrir las importaciones condujo, en la mayoría de los casos, al endeudamiento externo que a la larga provocó una fuerte sangría de divisas. La deuda externa pública y privada de la mayoría de los países de la región registró un crecimiento inusitado durante los años '70 debido no sólo a la necesidad y voluntad de endeudarse de los prestatarios (empresas y gobiernos), sino también al fácil acceso que tuvieron a los créditos de la banca privada internacional. Como resultado del aumento de las tasas internacionales de

interés, atribuible a la política monetaria seguida por el gobierno norteamericano, en 1982 la deuda externa se volvió impagable (MacEwan, 1992).

Debido a la crisis de la deuda y a la baja en el volumen de los préstamos internacionales privados, aumentó la dependencia de los préstamos provenientes de los organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Banco Interamericano de Desarrollo) y de los gobiernos de los países industrializados¹⁰, en especial de Estados Unidos. Frente a esta situación se redujo la autonomía relativa de los gobiernos de la región en la determinación de las estrategias de desarrollo, ya que los préstamos se condicionaron a la aplicación de cambios en la política económica de cada país (Arrizabalo, 1997; Pieper y Taylor, 1998). Durante los '80, y bajo la supervisión de los organismos financieros internacionales y el Departamento del Tesoro de EE.UU. (Pastor, 1993), se aplicaron los programas de ajuste y reestructuración productiva, cuyo antecedente inmediato se vivió en la economía chilena a partir de 1973 (Ramos, 1989).

La nueva política económica, lejos de conducir a la eliminación del problema del sector externo, ha hecho a las economías de la región más vulnerables a los choques externos y ha propiciado una mayor heterogeneidad estructural (Ayes y Clark, 1998). Un punto importante a destacar es que el triunfo de la nueva política económica ha sido político y no económico (Richards, 1997), al menos para la mayoría de la población de América Latina (Ganuza et al, 1998 y Galbraith et al, 1998).

En distintos momentos del período 1980-1990 los países de la región pasan por un período de transición en el modelo de acumulación vigente¹¹. Este proceso de cambio en la estructura productiva de América es el sustrato sobre el cual se producen cambios en la fuerza de trabajo. Se regresará al tema más adelante.

El concepto de estructura social de acumulación

Los fenómenos anteriormente descritos pueden ser entendidos como el resultado de un cambio no acabado, de una transición entre dos formas distintas de organizar y estimular la acumulación. Pero, debido a que la acumulación no ocurre jamás en un espacio aislado donde sólo existen el capital y el trabajo (ambos en forma pura), es necesario examinar el papel que juegan una serie de instituciones y arreglos institucionales en cada una de esas etapas. Para tal fin, se usará en este texto una variante de la idea de onda larga de acumulación.

Por onda larga de acumulación se entiende la sucesión de largo plazo de períodos de auge, estancamiento y crisis en la acumulación capitalista. La idea de onda larga permite resaltar dos hechos de importancia fundamental. El primero es que el desarrollo capitalista no sigue un sendero lineal, aunque éste sea discontinuo (Rostow, 1992; Thirlwall, 1994). El segundo es que tal desarrollo está caracterizado por

etapas que se alternan y que sugieren un movimiento cíclico¹² en el proceso de acumulación ampliada (Mandel, 1995; Gordon et al, 1982; Kotz et al 1994).

La versión más difundida de las ondas largas es la desarrollada por Nicolai D. Kondratiev en los años '20 (Screpanti y Zamagni, 1995). Construida a partir de la observación empírica de movimientos cíclicos de precios, ha sido muy criticada por su énfasis en ciclos de duración fija que abarcan cincuenta años (van Duijn, 1985; Mandel, 1995). Por otro lado, algunos autores han criticado la misma idea de que existen ondas largas en el desarrollo capitalista argumentando que “no se ha demostrado la existencia de movimientos rítmicos regulares de largo plazo en la actividad económica” (Maddison, 1991).

No obstante las críticas –válidas- a la idea de que las ondas largas pueden tener un verdadero patrón de recurrencia a intervalos fijos, es cierto que los países capitalistas avanzados han pasado por etapas alternadas de crecimiento rápido y lento (Maddison, 1991). El proceso implica construir y reconstruir, y en ocasiones también la descomposición de conjuntos interrelacionados de sectores de inversión e instituciones no sólo económicos sino también sociales. Esas configuraciones han sido llamadas “conjuntos de crecimiento” (Storper y Walker, 1989) o “estructuras sociales de acumulación” (Gordon et al 1982). Según Mandel, pueden ser consideradas como algo que demarca “etapas del capitalismo” o “etapas de acumulación” (Mandel, 1975). La alternancia de fases de crecimiento y crisis no necesariamente se concibe como un proceso de periodicidad fija. Durante un período de crecimiento ininterrumpido la acumulación se retroalimenta, y los sectores de la economía se expanden en relación o balance mutuo, existiendo una o varias actividades que sirven como impulsores básicos o ejes del proceso de acumulación (Valenzuela 1990).

Como condición previa y sustento del crecimiento se encuentran una serie de instituciones sociales que legitiman, apoyan e impulsan el proceso de acumulación (Gordon et al, 1982), punto sobre el cual se regresará más adelante.

Eventualmente, el proceso de acumulación encuentra obstáculos crecientes para su continuidad¹³. El crecimiento subsiguiente tiende a ser inestable por períodos que pueden abarcar hasta veinticinco años (como fue el caso del período de transición antes de la onda larga ascendente que siguió a la Segunda Guerra Mundial).

En las fases de onda larga descendente es común la alternancia rápida de crecimientos sectoriales y depresiones profundas. Por otro lado, durante un período de crecimiento sostenido los episodios de recesión o estancamiento deben ser más bien aislados.

Durante esos períodos de crecimiento más lento o de depresión se están creando nuevas instituciones: algunas veces muy pacíficamente, otras veces no tanto. En estos períodos la tecnología puede cambiar de manera abrupta debido a la búsqueda de nuevos sectores de inversión, visión que yace tras la noción de ra-

chas de destrucción creativa de Schumpeter (Schumpeter, 1934) como una condición previa para el relanzamiento de la economía.

Antes de que el crecimiento pueda reiniciarse, esas innovaciones tecnológicas deben ligarse con una nueva configuración de acuerdos sociales, los cuales incluyen las instituciones de crecimiento, reproducción y control de la fuerza de trabajo y el propio control financiero del capital (Gordon et al, 1982). La estructura institucional también incluye las interrelaciones entre las grandes clases, e involucra a las relaciones internacionales:

“Los cimientos de la acumulación capitalista abarcan más que el avance tecnológico y la inversión en capital. Se debe tener toda una constelación de condiciones para que la acumulación continúe: debe haber un suministro creciente de fuerza de trabajo; los salarios deben ser suficientemente bajos para garantizar ganancias, pero suficientemente altos para que los trabajadores puedan comprar lo que ellos mismos producen; la oferta monetaria debe seguir el ritmo de la acumulación; deben existir mecanismos de crédito que unan puntos en el tiempo y en el espacio, se deben crear formas de organización de los negocios que permitan administrar la producción competente; se debe expandir el aparato de ventas en conjunción con la creciente masa de mercancías...” (Storper y Walker, 1989).

Si bien el tránsito a una nueva “estructura social de acumulación” puede implicar reajustes drásticos en el poder relativo de diferentes clases, hay un punto a recordar: las ondas largas de desarrollo siguen referidas a una economía capitalista, de modo que el motor de la reestructuración es la necesidad de recuperar la posibilidad de una acumulación sostenida. Por tanto, la transición a una fase de onda larga ascendente se considera exitosa si el crecimiento continuo se prolonga por un período de tiempo considerable. Este crecimiento ocurrirá bajo las nuevas instituciones y los nuevos arreglos institucionales que permiten la reproducción ampliada.

Una de las principales limitaciones de la noción de estructura social de acumulación es que no hay argumentos desarrollados sobre los mecanismos que permiten o facilitan el cambio de una a otra estructura particular cuando las instituciones que dieron forma a un modelo de acumulación específico hacen crisis (Mandel, 1995). No obstante sus imprecisiones teóricas, la noción de estructura social de acumulación es una herramienta heurística útil para el análisis de las coyunturas económicas nacionales (Kotz, 1990), si bien la mayoría de los análisis existentes se circunscriben a las naciones capitalistas avanzadas y el contexto ha sido siempre nacional. Casi todos los estudios realizados a la fecha no consideran elementos del contexto internacional, o lo hacen de manera superficial. Esta ausencia es particularmente significativa en el caso de las naciones capitalistas menos desarrolladas, cuyas economías o “estructuras de acumulación” son mucho más “dependientes”, y donde por lo tanto los factores externos juegan un papel importante¹⁴.

Una consecuencia de lo discutido previamente en este apartado es que el cambio en el eje de la acumulación no basta para el crecimiento sostenido de una economía en el largo plazo. Existe la necesidad de construir o reconstruir instituciones que garanticen el funcionamiento fluido de la economía y de la sociedad en su conjunto. Un elemento importante entonces es la concertación de un pacto entre los distintos agentes sociales. Hasta ahora, en lugar de un pacto concertado se ha visto la imposición autoritaria de reformas. Un ejemplo de ello es la búsqueda de una mayor “flexibilidad laboral”, que consiste en la eliminación de normas de protección de los trabajadores para reducir costos laborales, y de aquellos obstáculos que impiden un ajuste inmediato del empleo a los requerimientos de la producción. Tal es el caso de la sustitución de contratos colectivos por contratos individuales, de contratos indefinidos por contratos temporales, y de la introducción de diversas reformas a los sistemas de seguridad social. La justificación de estos cambios está en que supuestamente propician una mayor competitividad de las empresas (Amadeo y Horton, 1997).

Otra implicación es que en los períodos de tránsito entre una y otra estructura social de acumulación, la generación de empleos se verá afectada debido a la presencia recurrente de crisis en la economía y al inestable crecimiento resultante.

En el caso particular de América Latina, la ausencia de un modelo de acumulación consolidado ha traído consigo un aumento en la polarización económica, que se traduce en una mayor concentración del ingreso y una pobreza creciente (Ganuzo et al, 1998). A consecuencia en primer lugar del lento o nulo crecimiento económico en los años '80, y en segundo término de los procesos de reestructuración productiva que fueron profundizados en los '90, el añejo problema de empleos mal retribuidos o de baja productividad se acentúa. Esto se expresa en una creciente marginación social. La capacidad de absorber mano de obra de los sectores que producen bienes comercializables en el exterior se ha visto disminuida, por lo cual la generación de empleos asalariados y no asalariados descansa cada vez más en el sector terciario. Si bien este sector incluye actividades de alta productividad que ofrecen puestos de trabajo bien retribuidos, predominan las actividades de baja productividad y las condiciones de trabajo precarias. Como consecuencia del crecimiento lento del empleo y del crecimiento inestable de los salarios reales, en muchos países se ha observado que los hogares deben buscar más fuentes de ingreso para una proporción creciente de sus miembros.

Al mismo tiempo, en algunos países de la región ha habido aumentos en los niveles de desempleo abierto, a la par del súbito aumento en la proporción de fuerza de trabajo femenina ocurrido en los años '80. Ante la incapacidad de las economías de América Latina para generar empleos adecuados, han proliferado las actividades de muy pequeña escala, más cercanas a estrategias para la mera reproducción social que semilleros de empresarios.

Las tendencias recientes del empleo en América Latina

El estudio de los cambios en la estructura del empleo para el conjunto de América Latina no es tarea fácil en el corto plazo, debido a la insuficiente información estadística de la cual se dispone. No en todos los países se realizan encuestas periódicas sobre empleo, y la cobertura geográfica varía entre países. Por lo general, estas encuestas se refieren sólo a la parte urbana, cubriendo a determinadas ciudades importantes. De allí que los análisis sobre la evolución reciente del empleo y el desempleo de la región se circunscriban al ámbito urbano de ciertos países, por ejemplo Weller (1998) y OIT (1999). Con estas limitaciones en mente, se puede, sin embargo, dar cuenta de varios fenómenos comunes a los países de la región.

La crisis económica que vivió América Latina en los ochenta aumentó el desequilibrio del mercado de trabajo, ya que la capacidad de generación de empleos asalariados se vio seriamente mermada. En la industria se encuentra una evidencia del proceso: el peso relativo del sector en el empleo total pasó del 25 al 23% entre 1980 y 1990. El empleo agropecuario disminuyó también su importancia relativa, al tiempo que aumentó la predominancia del sector terciario en las nuevas ocupaciones.

Pero la mayoría de los nuevos empleos tuvo lugar en micro-unidades de producción y distribución. Este fenómeno, al que se ha denominado informalización del empleo (Thomas, 1995), significó un deterioro en las condiciones de trabajo de la población latinoamericana. El desequilibrio del mercado de trabajo en la región se expresa fundamentalmente en la proliferación de las actividades de pequeña escala, pero en los años de mayor recesión económica la tasa de desempleo abierto alcanzó niveles sin precedente en las zonas urbanas de varios países (PREALC, 1991).

Si bien las economías de la región tuvieron en general un mejor desempeño en los años '90 respecto de la década anterior, esto no se ha traducido en una mejoría para las mayorías, ya que la capacidad de generación de empleos productivos continúa mermada, como puede constatarse mediante varios indicadores. De acuerdo con el último informe de la OIT sobre el panorama del empleo en América Latina, entre 1990 y 1998 la productividad del trabajo en actividades no agrícolas creció en sólo 0,3%. Este incremento corresponde al promedio de 18 países de la región, pero en la mitad de ellos –incluyendo a México y Brasil– dicha productividad decreció (OIT, 1999, cuadro 1, p. 5). Tal conducta se explica por el incremento generalizado de actividades de pequeña escala, en su mayoría de baja productividad. En esos ocho años, la mitad de los empleos urbanos que se generaron en la región correspondieron a unidades individuales y familiares y a microempresas de hasta cinco trabajadores, principalmente en el comercio y en determinados servicios como la reparación o la preparación de alimentos.

El empleo doméstico en casas particulares aportó el 11%, mientras que el 39% restante correspondió a las empresas privadas pequeñas, medianas y grandes, pues el empleo público permaneció prácticamente estancado¹⁵, tal como se observa en el siguiente cuadro.

América Latina: estructura y crecimiento del empleo, 1990-1998.				
Sector	1990	1998	Contribución al crecimiento del empleo	Tasa media de crecimiento anual
Total	100,0	100,0	100,0	2,9
Unidades familiares e individuales	23,4	24,7	29,0	3,6
Microempresas (a)	15,2	16,3	21,0	3,8
Empresas pequeñas (b)	9,2	9,7	9,5	3,6
Empresas medianas (c)	13,3	12,6	12,7	2,2
Empresas grandes (d)	17,6	16,8	16,8	2,4
Sector público	15,5	13,0		0,7
Servicio doméstico	5,8	6,9	11,0	5,2

(a) hasta 5 trabajadores, (b) 6 a 10 trabajadores, (c) 21 a 100 trabajadores, (d) más de 100 trabajadores. Los datos provienen de encuestas de hogares de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Honduras, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela.

Fuente: OIT, América Latina y El Caribe. Panorama '99.

La producción en el sector secundario de la región (construcción e industrias en general) registró un crecimiento muy lento en los años '90, mientras que el empleo agrícola se redujo, con lo cual se acentúa el proceso de terciarización del empleo iniciado hace ya varias décadas, a la vez que se frena el proceso de asalariamiento de la fuerza de trabajo, pues los puestos de trabajo asalariados crecen a un ritmo igual o inferior que las ocupaciones no asalariadas (Weller, 1998, capítulo 3).

También están ocurriendo cambios en la composición de la fuerza de trabajo por sexo y grupos de edad.

Debido a la inestabilidad y el bajo nivel de los ingresos por trabajo, en las familias latinoamericanas se ha incrementado el número de personas que participan en la fuerza de trabajo. Mujeres y jóvenes que otrora se dedicaban exclusivamente a los quehaceres domésticos o al estudio han tenido que participar en la producción o distribución de mercancías. Ello se expresa en el incremento que han registrado las tasas de actividad femeninas y juveniles. En el caso de las mujeres, el empobrecimiento familiar se suma a otros factores que también explican su creciente incorporación al trabajo remunerado, como el aumento de la escolaridad y el descenso de la fecundidad.

La incorporación de las mujeres ha ocurrido tanto en el trabajo asalariado como en el no- asalariado. A esto ha contribuido un factor adicional: el proceso de

terciarización del empleo, aunado a la persistente segregación de las ocupaciones¹⁶. Debido a que el comercio y muchas ocupaciones de servicios han sido tradicionalmente consideradas como neutras o femeninas, el proceso de terciarización del empleo ha favorecido la feminización de la fuerza de trabajo. Las ramas donde ha predominado la fuerza de trabajo masculina en la mayoría de los países (agricultura e industria) son las que han disminuido su capacidad de absorber fuerza de trabajo.

De allí que la tasa masculina de actividad del conjunto de la región presente pocas variaciones en las últimas décadas: en algunos países la mayor participación de los varones jóvenes se ve compensada por una disminución de las tasas correspondientes a los hombres de mayor edad, no necesariamente viejos. En México y en algunos países de Centroamérica, por ejemplo, las tasas masculinas de participación masculina empiezan a descender después de los 40 años.

Estos cambios en la estructura del empleo implican un deterioro de la calidad de los trabajos, ya que el salario medio en las actividades terciarias es menor que en la industria y es también menor en las empresas pequeñas que en las grandes, además de que las condiciones laborales en las microempresas son muy inferiores a las que caracterizan a las empresas de mayor tamaño (OIT, 1998).

Para el conjunto de los once países sobre los cuales se dispone de información, la proporción de asalariados que pagan cuotas a las instituciones de seguridad social de sus países disminuyó de 67% a 60% de 1990 a 1998. La cobertura fluctúa entre esos países. En los extremos están Uruguay, con 79%, y Perú con 43% (OIT, 1999, anexo estadístico).

En ese mismo lapso, los salarios mínimos de un conjunto de 19 países crecieron en promedio 0,6%, pero en relación con 1980 habían disminuido en 28%, y en ciertos países como El Salvador, Perú y México la caída fue espectacular. En cambio, los salarios medios de la industria de la región aumentaron en un 13% (promedio simple correspondiente a 14 países). Sin embargo, dicho salario medio superaba apenas en un 2,3% al de 1980, registrándose diferencias notables entre países. Por ejemplo, el poder adquisitivo del salario medio industrial en Chile en 1998 era superior en 50% al de 1980, mientras que el de Perú había disminuido en un 57% durante esos 18 años, y en México en un 44% (OIT, 1999, anexo estadístico). Debe tomarse en cuenta que en promedio los salarios industriales suelen ser más altos que los que se pagan en el comercio y en la mayoría de los servicios, y que el proceso de terciarización del empleo regional se ha acentuado durante las últimas dos décadas.

El uso creciente de contratos temporales y de incorporación de trabajadores sin contrato se ha convertido en una forma más de precarización laboral¹⁷. Hacia 1997, en Argentina alrededor del 35% de los trabajadores asalariados se encontraba en esas condiciones, el 30% en Chile, el 39% en Colombia, y el 74% en Perú. Los micro-

negocios recurren habitualmente a estas formas de contratación, lo que parecería explicar la enorme proporción de personas así contratadas en Perú, donde predominan las pequeñas empresas. Sin embargo, las unidades de mayor tamaño también recurren a ese expediente. En Argentina y Colombia, por ejemplo, cerca del 60% de los asalariados sin contrato estaban en establecimientos mayores (OIT, 1998, p.1).

A modo de conclusión

La reestructuración de la economía mundial ha implicado para los países de América Latina el desarrollo de dos tendencias: polarización económica y exclusión social. El vuelco hacia actividades orientadas a la exportación y el menor ritmo de crecimiento de las economías de la región han traído consigo cambios en la estructura de las ocupaciones, los cuales han implicado una precarización del empleo, ya que la transferencia neta de empleos de empresas medianas y grandes a micro-negocios y de los sectores que producen mercancías comercializables en el exterior hacia aquellos que producen mercancías y servicios no comercializables externamente, ha tenido un efecto negativo sobre la productividad media y los ingresos del trabajo (OIT, 1998 y Weller, 1998).

En los Informes de la OIT se ha señalado que la región requiere mantener tasas de crecimiento superiores al 5 o 6 % para que la situación del empleo no se deteriore, lo cual parece remoto dadas las condiciones actuales de América Latina y el desfavorable entorno internacional.

Hasta ahora América Latina no ha logrado alcanzar una etapa de crecimiento sostenido semejante a la ocurrida después de la 2da. Guerra Mundial. En otras palabras, el modelo de acumulación no ha logrado consolidarse y alcanzar su fase expansiva (Kotz et al, 1994 y Mandel, 1995). El efecto de ese proceso inconcluso es un menor crecimiento del empleo, el estancamiento del salario real, un empeoramiento en la distribución del ingreso, y en general un aumento en los niveles de pobreza en la región.

Estos fenómenos crean un círculo vicioso, ya que numerosos estudios han comprobado la existencia de un vínculo entre mayor crecimiento económico y mejor distribución del ingreso⁸. La inequitativa distribución del ingreso en América Latina se convierte así en un obstáculo al crecimiento de las economías de la zona.

En estos momentos resurgen las viejas explicaciones para el problema ocupacional en América Latina: baja productividad, escasa calificación, y ausencia de espíritu empresarial. Las mismas hacen recaer en los trabajadores la responsabilidad por los problemas ocupacionales que ellos deben enfrentar.

Como se ha argumentado en el texto, el proceso es bastante más complejo, destacándose la mayor polarización productiva y social y la ausencia de arreglos institucionales que permitan un nuevo pacto social en la región. Estos nuevos

arreglos son la base necesaria sobre la cual se podría consolidar una nueva estructura social de acumulación en América Latina, a la manera de los diversos acuerdos sociales de los años '30 y '40 que sirvieron para iniciar el intenso desarrollo económico de la región a partir de los años '50, hasta la década de los '70.

Mientras tanto, América Latina muestra la coexistencia de actividades modernas altamente rentables con actividades tradicionales de una rentabilidad mínima, a la vez que conjuga grandes núcleos de extrema pobreza con regiones tan ricas como las que existen en los países del capitalismo avanzado. Es en este contexto de polarización social y económica que debemos analizar los procesos actuales de cambio en el ámbito de las relaciones laborales.

Bibliografía

- Amadeo J. Edward y Susan Horton (eds.) 1997 *Labour Productivity and Flexibility* (Londres: Macmillan).
- Arrizabalo Montoro, Xabier, et. al., 1997 *Crisis y ajuste en la economía mundial* (Madrid: Editorial Síntesis).
- Ayres, Ron y Clark, David “Capitalism, Industrialisation and Development in Latin America: the Dependency Paradigm Revisited”, en *Capital and Class*, Primavera, N° 64, pp. 89-108.
- Berzosa, Carlos; Bustelo, Pablo y Jesús de la Iglesia 1996 *Estructura económica mundial* (Madrid: Editorial Síntesis).
- CEPAL 1991 Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta. Estudios e Informes de la CEPAL, (Santiago de Chile:CEPAL) N° 81.
- Duménil, Gérard y Levy, Dominique 1996 *La dynamique du capital* (París: Presses Universitaires de France).
- Epstein, Gerald; Graham, Julie y Nembhard, Jessica 1993 *Creating a New World Economy. Forces of Change and Plans for Action* (Philadelphia: Temple University Press).
- Fajnzylber, Fernando 1983 *La industrialización trunca de América Latina* (México: Editorial Nueva Imagen).
- Galbraith K. James, William, A. Darity Jr y Lu Jiaqing 1998 “Measuring the Evolution of Inequality in the Global Economy” en *Working Paper Center for Economic Policy Analysis New School for Social Research*, N° 4, Mayo.
- Ganuza, Enrique; Morley, Samuel y Taylor, Lance 1998 *Políticas Macroeconómicas y Pobreza en América Latina y el Caribe, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo* (Madrid: Ediciones Mundi Prensa).
- Gordon, David M.; Edwards, Richard y Reich, Michael 1982 *Segmented Work, Divided Workers: The Historical Transformation of Labor in the United States* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Green, Duncan 1995 *Silent Revolution. The Rise of Market Economics in Latin America* (Londres: Cassel-Latin America Bureau).
- Griffith-Jones, Stephany (1997) “Las afluencias de capital internacional en la América Latina”, en Bulmer-Thomas Victor, *El Nuevo modelo económico en América Latina. Su efecto en la distribución del ingreso y la pobreza*, Lecturas del Trimestre Económico (México: Fondo de Cultura Económica), pp. 157-180.
- Kotz, David M. 1990 “A Comparative Analysis of the Theory of Regulation and The Social Structure of Accumulation Theory” en *Science and Society*, Vol. 54, N° I, pp. 5-28.

- Kotz, M. David; McDonough, Terrence y Reich, Michael 1994 *Social structures of accumulation. The political economy of growth and crisis* (Cambridge: Cambridge University Press).
- MacEwan, Arthur 1992 *Deuda y desorden* (México: Siglo XXI).
- Madison, Angus 1988 *Dos crisis: América y Asia 1929-1938 y 1973-1983* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Mandel, Ernst 1995 *Long Waves of Capitalist Development* (Londres: Verso).
- Oficina Internacional del Trabajo 1998 *Panorama Laboral 98*, Oficina Regional para América Latina (Lima: OIT).
- Oficina Internacional del Trabajo 1999 *Panorama Laboral 99*, Oficina Regional para América Latina (Lima: OIT).
- Park, Kang H. 1996 "Income Inequality and Economic Progress: An Empirical Test of the Institutional Approach" en *American Journal of Economics and Sociology*, Vol. 55, N° 1, Enero, pp. 87-97.
- Pastor, Manuel Jr. 1993 "Managing the Latin American Debt Crisis: The International Monetary Fund and Beyond" en Epstein et al. *Creating a New World Economy. Forces of Change and Plans for Action* (Philadelphia: Temple University Press) pp. 289-313.
- Piper, Ute y Taylor, Lance 1998 "The Revival of the Liberal Creed: The IMF, The World Bank, and Inequality in a Globalized Economy" en Baker, Dean, Gerry Epstein y Pollin, Robert (eds), *Globalization and Progressive Economic Policy: What are the Real Constraints and Options* (Nueva York: Cambridge University Press).
- PREALC 1991 *Empleo y Equidad: El desafío de los 90*, OIT. PREALC. Programa Mundial del Empleo (Santiago: PREALC).
- Ramos, Joseph 1989 *Política económica neoliberal en países del Cono Sur de América Latina, 1974-1983* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Rendón, Teresa y Salas, Carlos 1996 "Ajuste estructural y empleo: El caso de México" en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, Año 2, N° 2.
- Rendón, Teresa 1997 "El estudio de la mujer en la actividad económica. Avances, retrocesos y retos" en *Información Comercial Española*, N° 760, Febrero.
- Richards, G. Donald 1997 "The Political Economy of Neo-Liberal Reform in Latin America: A Critical Appraisal" en *Capital and Class*, N° 61, Primavera, pp. 19-43.
- Rostow, W. Walt 1992 *Theorists of Economic Growth from David Hume to the Present* (Nueva York: Oxford University Press).

Screpanti, Ernesto y Zamagni, Stefano 1995 *An Outline of the History of Economic Thought* (Oxford: Oxford University Press).

Schumpeter, Joseph A. 1934 *The Theory of Economic Development* (Harvard: Harvard University Press).

Shaikh, Anwar 1990 *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política* (Bogotá: Tercer Mundo Editores).

Storper, Michael y Walker, Richard 1989 *The Capitalist Imperative. Territory, Technology, and Industrial Growth* (Nueva York: Blackwell).

Thirlwall, A.P. 1995 *Growth and Development* (Londres: Lynne Rienner).

Thomas, J.J. 1995 *Surviving in the City: The Urban Informal Sector in Latin America* (Londres: Pluto Press).

Valenzuela Feijoó, José C. 1990 *¿Qué es un patrón de acumulación?* (México: Facultad de Economía de la UNAM).

Van Duijn, J. J. 1985 *The Long Wave in Economic Life* (Londres: George Allen & Unwin).

Weller, Jürgen 1998 *Los mercados laborales en América Latina: su evolución en el largo plazo y sus tendencias recientes* (LC/L. 1160), CEPAL (Santiago: CEPAL), Diciembre.

Williamson, John 1990 "What Washington Means by Policy Reforms" en John Williamson (ed.) *Latin American Adjustment: How Much has Happened?* (Washington: Institute for International Economics).

Notas

1 Al respecto, ver por ejemplo Arrizabalo, 1997 y el capítulo 15 de Berzosa et al, 1996.

2 Esta sección está construida a partir de Rendón y Salas, en prensa.

3 La reducción de la tasa global de actividad de los hombres se debió especialmente a un aumento de la edad en que las personas ingresan a la fuerza de trabajo, lo que se explica por la considerable expansión de los sistemas educativos de los países de la región que tuvo lugar en esa época. La prolongación de la etapa estudiantil también involucra a la población femenina, pero su efecto se ve contrarrestado por el hecho de que ha disminuido la proporción de mujeres que a lo largo de sus vidas permanecen al margen de la actividad económica remunerada. Al descenso de la tasa masculina global de actividad también contribuyó el ligero descenso que registró la tasa de participación de las personas de avanzada edad. Ello puede atribuirse principalmente al hecho de que las oportunidades de trabajo para los viejos disminuyen conforme aumenta la importancia relativa del trabajo asalariado (fenómeno que ocurrió en América Latina precisamente entre 1950 y 1980), ya que los empleadores prefieren contratar a personas jóvenes.

4 La persistencia de un importante contingente de campesinos, que en 1980 aun representaba cerca del 60% de la población ocupada en la agricultura, dio lugar a un importante debate en América Latina en los años '70, así como a la producción de una vasta literatura sobre el tema. Actualmente la discusión sobre la economía campesina está prácticamente abandonada, lo que no significa que la realidad que le dio origen haya sido superada por la vía de la modernización o del exterminio.

5 Como lo muestran Pieper y Taylor, 1998, el proceso de transformación de la economía chilena a partir de 1973 fue el resultado de la actividad del sector privado chileno, con un fuerte apoyo del gobierno militar, tanto en inversiones (como en el caso del cobre) como en la imposición de un clima de restricciones a las libertades individuales, incluidas las relativas al trabajo.

6 John Williamson llamó así al conjunto de reglas de ajuste de una economía que busca transformarse en el marco de un esquema de "libre mercado": liberalización del comercio internacional, privatización de las empresas propiedad del gobierno, liberalización de los flujos financieros, disminución del papel económico del gobierno, y una consecuente desregulación de la actividad económica (Williamson, 1990).

7 Los países del sudeste asiático, que hasta la primera mitad de la década actual registraban un crecimiento económico notable, entraron en una severa crisis a mediados de 1997.

8 El proceso de sustitución de importaciones que tuvo lugar en las economías de mayor tamaño de América Latina, al limitarse al mercado interno y descan-

sar en un proteccionismo irrestricto, no se extendió sino de manera incipiente hacia los bienes de capital. Como consecuencia, la ampliación y el simple mantenimiento de la planta industrial descansaban en crecientes importaciones de maquinaria y equipo. De esta manera, el sector industrial constituye el principal factor explicativo del carácter estructural del déficit comercial en estos países. Sobre este punto véase Fajnzylber, 1983.

9 Es decir, por la relación entre precios de las exportaciones y precios de las importaciones.

10 Mientras que en los años previos a la crisis de la deuda (1977-1981) los préstamos oficiales de organismos financieros internacionales y de gobiernos extranjeros representaron el 11 % de las entradas de capital a largo plazo hacia América Latina, y los préstamos provenientes de bancos comerciales el 66% para el período 1989-1992, los préstamos oficiales significaban el 36% y los de la banca comercial el 15% de esas entradas de capital. Véase al respecto Griffith-Jones, 1997, p. 160.

11 Para una discusión sobre el concepto de modelo de acumulación en América Latina, ver Valenzuela, 1990.

12 La idea de movimiento cíclico se confunde muchas veces con movimiento periódico, lo cual constituye un error originado en que la versión más difundida de las ondas largas de acumulación es la de Kondratieff, quien sí postula una duración de cincuenta años en los ciclos de acumulación (Mandel, 1995)

13 Las diversas explicaciones del proceso de tránsito entre una fase de onda larga ascendente y una fase de crisis se pueden encontrar en van Duijn, 1985, Shaikh, 1990, Kotz et al 1994, y Mandel, 1995

14 Ver la cuarta sección del libro de Kotz et al, 1994. El análisis del caso coreano en la óptica de las estructuras sociales de acumulación se puede ver en Jeong, 1997.

15 Estas cifras se basan en los resultados de encuestas de hogares realizadas en 12 países que concentran el 91% de la PEAurbana de América Latina y el Caribe.

16 Por segregación ocupacional se entiende el confinamiento de ciertos trabajadores a ramas de actividad u ocupaciones específicas. Un caso particular es la segregación por sexo. Se trata de un fenómeno cultural: hay trabajos que se consideran adecuados para hombres, mientras que otros se consideran propios del sexo femenino, y algunos son considerados neutros. De allí que los varones y las mujeres se encuentren distribuidos entre actividades y ocupaciones de manera diferente en todo el mundo.

17 Ver los artículos sobre Chile, Brasil y México en Amadeo y Horton, 1997.

18 Ver por ejemplo Ganuza et al, 1998, y Park, 1996.

Este libro se terminó de imprimir en el
taller de Gráficas y Servicios en el
mes de agosto de 2000.
Primera impresión, 1.000 ejemplares

Impreso en Argentina